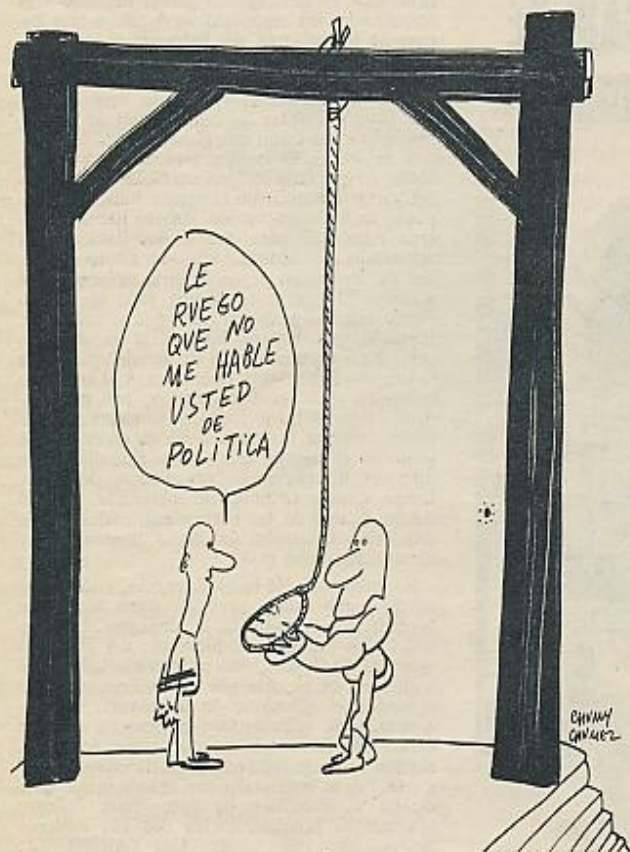
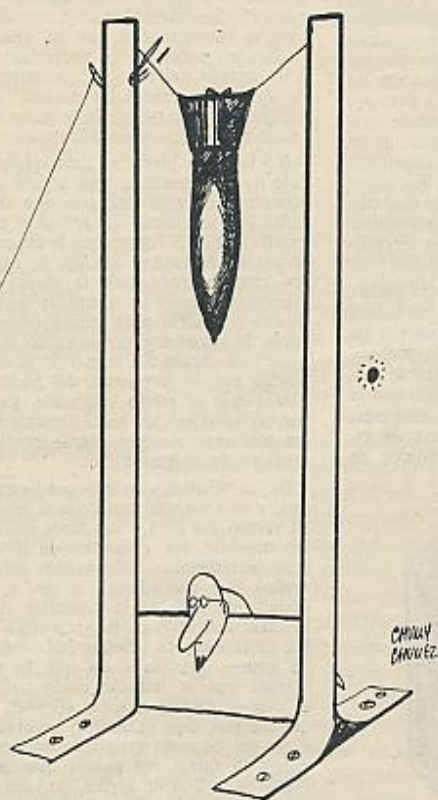


**CHUMY-
CHUMEZ**



La Capilla siXtina

«NON PLUS ULTRA»

El notorio notario señor Blas Piñar cumple entre nosotros un in-comodísimo papel que casi nadie le agradece. El señor Blas Piñar es, en una sola persona, el último de Numancia, el último de los tercios de Flandes, el último náufrago del Cavite y el último de Filipinas. No puedo ocultar una cierta curiosidad por un hombre que se apunta a tanta historia pasada, a veces perdida, a veces ganada, pero siempre pasada. El señor Blas Piñar ha llegado a la política española sobre la misma ola que ha devuelto a las playas hispánicas a Conchita Piquer, Antonio Machín y Jorge Sepúlveda. Al señor Blas Piñar sólo le falta un detalle para ser absolutamente genial: le falta genio. Si recurriera menos al tópico y rizara menos el rizo de la vieja permanente aceitosa o avinagrada de los años cuarenta, tendríamos aquí a un Giorgio Almirante o a un príncipe Borguense, ganador de la plaza en una durísima oposición; porque entre nosotros son muchos, muchísimos los que tienen idénticos o más méritos que el señor Blas Piñar para ser el Giorgio Almirante que no necesitábamos, pero que tiene y tendrá su baza.

El señor Giorgio Almirante ha intentado combinar el temple de Antonio Machín con la ideología catastrófica del informe del club de Roma. El señor Blas Piñar ha intentado una inviable mezcla de Antonio Machín con el Cid Campeador. Y así como Antonio Machín es un personaje histórico comprobado, hay serias sospechas de que el Cid Campeador es una invención del malogrado Menéndez Pidal. En mis tiempos de estudiante de Filología Románica circulaba el chiste de que Menéndez Pidal era el autor del Poema del Mio Cid.

El señor Blas Piñar es un sentimental y tiene una interpretación sentimental de la Historia de España que yo estoy en privilegiada situación para entenderla. Y es que yo también soy un sentimental. Un sentimental en disposición histórica inversa a la del señor Blas Piñar. Por ejemplo, yo me echaría a llorar cuando pienso en las víctimas de la intolerancia hispánica, del ultramontano hispánico. Esos partidarios de la defensa «a ultranza» de las tan traídas y llevadas esencias hispánicas han conseguido una historia de pesadilla que nos ha dejado lejos de las es-

taciones por donde pasaban los mejores trenes para el futuro. Esos partidarios a ultranza de las tan traídas y llevadas esencias hispánicas han hecho el caldo gordo al caciquismo agrario que nos impidió subirnos al tren de la revolución industrial. Esos partidarios a ultranza de las tan traídas y llevadas esencias hispánicas han hipotecado un «ser de España» e impiden que se levante la hipoteca una y otra vez, impiden que nos sacudamos de encima tanta ruina y muralla derruida. Y así una y otra vez, por los siglos de los siglos, la negra reacción nos aleja de las estaciones que conducen al futuro y nos hacen retroceder, como en las pesadillas nocturnas, por un páramo incabable. Merecerían un escudo en el que la tortuga rampante sobre campo de gules apareciera protegida por la divisa «Plus Ultra». Más allá, más allá siempre... pero hacia atrás.

Si la cosa quedara al nivel de la reivindicación folklórica, si el personaje quedara al nivel de personaje del programa televisivo «Mundo "Camp"», yo asumiría sentimentalmente al señor Blas Piñar. Pero sé muy bien que la historia suele ser víctima de los sentimentales y que a su vez los sentimentales suelen ser víctimas de los calculadores. Por ejemplo, sobre el sentimiento patriótico de los ultramontanos, engordaron los intereses de los latifundistas andaluces; sobre el sentimiento patriótico de Adolfo Hitler, engordaron los intereses de los oligarcas financieros e industriales de Alemania; sobre el sentimiento patriótico de Giorgio Almirante han apostado una buena montaña de fichas de casino los gerentes de la Montecatini y otras grandes empresas.

No. No basta el sentimiento para entender la historia ni para hacerla, ni para absolver al señor Blas Piñar del pecado de tópico consumado y de literatura de tercera categoría. Porque el señor Blas Piñar cree en lo que dice, los que le siguen creen en lo que dice Blas Piñar, y los que en un momento determinado, pueden apostar por la carta Blas Piñar, sólo creen en un principio, en la única esencia hispánica que les interesa: que nunca lleguemos a alguna estación donde ellos no controlen la taquilla.

SIXTO CAMARA